

Además, en México se produce un fenómeno todavía más digno de atención por lo raro, porque es tan raro, que no tenemos noticia de que se verifique en pueblo alguno que estime su independencia. Cada año se celebran en Setiembre las fiestas de la patria, y en ellas un orador recita desde la tribuna cívica los hechos de la insurrección de 1810, en estilo más ó menos elegante, como puede. Por de contado hace el elogio de los héroes, y se ve obligado, por el peso de la verdad, á justificar su noble movimiento. Tiene que decir que la Independencia fué justa por alguna razón; tiene que asegurar, lo que es evidente, que la opresión es mala, que la libertad es buena; que la vida colonial era una desgracia para México, que la vida nacional es más conveniente.

Le es preciso contar que los españoles mataban á los insurgentes, y que éstos mataban también á los españoles, porque así es como se hacen generalmente las guerras; por último, le es indispensable decir algo cuando habla del sacrificio de los padres de la patria y del furor de sus verdugos.

Pues bien; esto que es tan cierto, que es tan razonable, puesto que para eso precisamente se han instituido las fiestas cívicas, únicas en que el pueblo oye hablar de sus acontecimientos históricos; esto que la ley ha querido que se haga para mantener en el espíritu público viva la idea de la nacionalidad; irrita espantosamente el furor y el despecho de cierto partido que hasta hoy; cosa singular! vive entre nosotros aborreciendo la independencia y suspirando por la vida colonial. Y cada año, por esos mismos días de Setiembre, algunos periódicos, órganos de ese partido, publican artículos virulentos denigrando la memoria de los héroes de 1810 y pintando á éstos como facinerosos. Parecen esos artículos como exhalaciones de los sepulcros de Cancelada y de Alaman, los dos libelistas enemigos implacables de los libertadores. A ellos se agregan las recalentadas injurias que no deja nunca de arrojar con donoso desenfado algún periodista español de esos que vienen á establecer aquí diarios con el objeto de estrechar más y más los vínculos fraternales que deben unir á México y España.

Al decir de estas dos clases de escritores, la nación mexicana sería una nación fundada por bandidos y conservada por ingratos; canalla toda.

Pero es lo peor todavía, que algunos gacetilleros mexicanos y que pretenden pasar revista de liberales y de patriotas, por un cosquilleo de españolismo que envuelve tendencias de lisonja, también se descuelgan en esos mismos días, poniendo de oro y azul á los oradores cívicos, deturpando también á los héroes, merced á quienes cuentan con una patria libre, y pretendiendo que no se hable ya de aquel asunto, sino que se vuelva toda alabanza á la vida antigua, con lo cual resultaría lógicamente estúpida la independencia de México.

Este pueblo, que por más que se diga es manso y tolerante, permite á esas gentes tamaño desahogo como una válvula de seguridad para que no revienten, oye impasible sus diatribas, y al cabo y al fin no hace caso ni de los panegiristas ni de los insultadores. Casi nunca lee lo que dicen unos y otros, y prefiere divertirse con la parada militar y los fuegos artificiales.

Por el estilo de esos escritores enemigos de la Independencia, algunos poetas del mismo partido dicen, que no puede hacerse un poema épico con las hazañas de nuestros insurgentes, porque eran impíos, sanguinarios y crueles. Estos vates timoratos confunden la Epopeya con la Hagiografía. Efectivamente las proezas de nuestros héroes, como las de todos los héroes de la guerra, no son iguales á las de San Pacomio, de San Silvestre ó de San Alejo. Pero los poetas conservadores aparentan olvidar que Aquiles daba vuelta tres veces á la plaza de Troya arrastrando el cadáver de su valiente enemigo Héctor; que Ajax desafiaba á los dioses; que los héroes de la Jerusalem eran unos verdaderos bandidos que se arrodillaban al pié del Santo Sepulcro después de haber asesinado á setenta mil prisioneros ancianos, mujeres y niños; y que los héroes de los Edas eran los del tiempo de Atila, que bebían sangre en los cráneos de sus enemigos.

Ahora bien; los de la Independencia mexicana no eran ni con mucho semejantes á esos modelos de las epopeyas griega,

cristiana y germánica. Eran guerreros como se usan en las naciones civilizadas hasta hoy día, en que el derecho de gentes ha hecho mayores progresos. No eran ni siquiera como los héroes de la Conquista que quemaban á sus enemigos vencidos para sacarles oro, ó que los esclavizaban para vivir de su trabajo. Exigir que los insurgentes no mataran á sus enemigos, era demasiado. Pretender que Morelos abrazase con tierna efusion, y despidiese con reverencia á los españoles prisioneros despues de las matanzas de Aculco, de Calderon, de Guanajuato, de Salvatierra, y de las ejecuciones de Chihuahua, era pretender que se combatiese la ferocidad con la imbecilidad.

Sin embargo, justamente los insurgentes del año de 10 han dado al mundo el mayor ejemplo de generosidad de que haga mencion la historia. Es sabido en todas partes que un teniente de Morelos, D. Nicolás Bravo, dió libertad á 300 prisioneros españoles cogidos en combate y que habia ofrecido canjear por su padre, prisionero en México y cogido traidoramente en una hacienda con su familia, tan luego como supo que el bárbaro virey español, desoyendo la voz de la humanidad, habia mandado dar garrote vil al general insurgente. Este hecho no pertenece al *Flos Sanctorum* ni al *Año Cristiano*, sino á lo sublime, á aquello que si en la guerra seria un absurdo, en la historia del género humano lo eleva hasta la divinidad.

Verdad es que los demas no tuvieron tanta abnegacion; pero aun así, como para la epopeya no son absolutamente necesarias las virtudes cristianas, sino las proezas del valor en una causa noble, nuestros héroes son dignos de la poesía épica, y sus enemigos lo niegan por rencorosa insensatez.

Resumiendo, pues, todo lo que hemos dicho en este largo estudio, resulta que, sea por un motivo ó por otro, no ha habido en México hasta aquí, Epopeya de la Independencia.

VI

Ahora bien; en medio de esta situacion de indiferencia, de olvido y de ignorancia popular, luchando con tamañas preocupaciones, legadas por el rencor y mantenidas por el despecho;

exponiéndose al desden presuntuoso de los enemigos de la insurreccion, pero inspirado por el puro amor de la patria, su constante númen, hé aquí que nuestro insigne poeta Guillermo Prieto, en sus dias de ancianidad iluminados por la gloria, se levanta por último, empuñando no ya la lira lidia del amor juvenil, ni el laud popular en que ha cantado las alegrías de la "Musa Callejera," sino la lira frigia de bordones de bronce y oro con que ha entonado otra vez los cantos vigorosos de la Reforma y de la Libertad en los furores de la lucha.

Ni es tampoco la oda pindárica la que resonará hoy en sus accents, como despues de la gloria de Mayo, ó animando á las huestes de la República en los desiertos de la frontera.

De mayor altura descende hoy su inspiracion, y á más trascendentales fines se consagra. Hoy canta á los héroes de la Independencia nacional, y sus cantos se dirigen al pueblo, como para eternizar en su memoria los recuerdos más gloriosos y más grandes de la nacion.

Él ha fundado por fin la Epopeya nacional, esta grande y varonil poesía que es en las venas de los pueblos lo que es la sávia en las venas de los árboles.

Las tradiciones de heroísmo de los antepasados deben conservarse vivas en las naciones, no sólo como un tributo de gratitud, sino como un elemento de fuerza. Ellas producen el orgullo patriótico; ellas sostienen la dignidad pública y hacen amable el sacrificio en los dias de infortunio; constituyen los blasones del honor de la familia por los cuales se muere ántes que mancharlos.

La poesía ha ofrecido en todos tiempos la forma más fácil, y al mismo tiempo la más bella para conservar estos recuerdos, y de ahí la epopeya en la coleccion democrática y espontánea ó en poemas debidos á la inspiracion personal.

La primera de estas manifestaciones es la más natural, y por eso los críticos le dan tal nombre; ella parece indicada, en efecto, por la naturaleza misma del pueblo, que gusta de conservar en sus cantos sencillos y rudos la memoria de los acontecimientos en que toma parte ó que hieren su imaginacion. La segun-

da, sea que se funde en la tradicion popular ó que sea hija pura de la fantasía, deberá al artificio su semejanza con la natural, y por eso es difícil, tan difícil, que ocupa el primer lugar entre los diversos géneros de poesía.

Los pueblos más civilizados, aquellos en que han florecido numerosísimos poetas que han sobresalido en diversos géneros, apénas cuentan con un épico, y muchas veces carecen de esta fortuna. México se encontraba hasta hace poco entre los últimos. Abundante con exceso en su poesía religiosa, bucólica, erótica, elegiaca, descriptiva, satírica, y no muy escaso en la dramática, no podia presentar, como lo hemos dicho, un solo monumento de poesía heroica. Es preciso no ocultarlo tampoco; la empresa era superior á las fuerzas comunes, y los poetas enemigos de los héroes que aparentaban no acometerla por falta de simpatía, verdaderamente han ocultado su impotencia bajo la máscara de su desden olímpico, puesto que habrian podido dar pruebas de su aptitud cantando á otros héroes: Cortés, Pedro de Alvarado y Calleja, por ejemplo.

Los preceptistas que se han empeñado siempre en sujetar á reglas fijas esta cosa fugaz, impetuosa y libre que se llama la inspiracion, han hecho más inaccesible todavía la poesía épica, pretendiendo someterla al sistema de Procusto.

Lo que la sábia antigüedad admiró en el poema insuperable de Homero, constituyó un cánon infalible y único. La posteridad se ha encargado de desmentir esta teoría establecida á *posteriori* hasta aquella época, pero á *priori* para el porvenir. Fuera de la norma homérica, hay epopeya sin embargo, y la Farsalia, los Edas, el Romancero, los *pienas* rusos, la Henriada, los cantos Slavos y los Cantos de la Grecia Moderna están ahí para demostrarlo.

Las unidades, la intervencion de los dioses, la majestad misma del verso griego, que los españoles creyeron luego sustituir con los alejandrinos monorimos, y despues, á ejemplo de los italianos, con la octava endecasílabo, así como los franceses con el alejandrino pareado, son reglas que los hechos han violado á cada paso, pues la forma espontánea y propia de los pueblos ha

dominado siempre. La intervencion de lo maravilloso se ha sustituido en la epopeya artificial con el impulso de las pasiones ó de las virtudes, y á veces con las alucinaciones del patriotismo, como en la *Victoria de Junin*. En cuanto á la epopeya democrática, no lo ha necesitado, siendo como es hija de la naturaleza y no del arte.

Así pues, la Estética ha sido varia en la poesía épica, y la inspiracion libre, como debia ser, sólo ha procurado encarnar en la forma adecuada para su objeto. El éxito ha hecho clásico lo bello, aunque fuera nuevo y aunque extralimitase las reglas de los viejos preceptistas. Tal poema que cumple con las condiciones de Aristóteles y de Horacio, ha quedado olvidado en los archivos, miéntras que un romance, una cancion, una leyenda con versos descuidados y estilo humilde, se graba como en bronce, en la memoria popular. Y es que el pueblo ama, no lo que se le impone, sino aquello que le conmueve.

Por eso Guillermo Prieto, con su estilo desaliñado á veces, con su fantasía que discurre impetuosa y febril por los espacios de la inspiracion, con su palabra pintoresca y viva que penetra y hace penetrar en los abismos del corazon humano ó que retrata las escenas de la vida, será siempre el poeta mexicano por excelencia, el poeta de la patria. Cuando el pueblo lo ve aparecer en la tribuna cívica, ó en medio de la plaza pública, ó ponerse en pié en cualquier altura, se agrupa, se arremolina en torno de él, se calla, escucha conmovido de antemano, porque aquella figura que ve alzarse es la del bardo que canta sus dolores ó sus esperanzas, porque aquella cabeza radiosa y expresiva, se ha expuesto á todos los sacrificios por amor á la libertad, porque de aquellas canas desordenadas *se alza siempre el fuego de la inspiracion, como se alza la llama del Popocatepetl de entre las nieves de su cumbre*, porque de aquellos labios parecen brotar y correr á borbotones los torrentes de la verdadera poesía, que electriza á la muchedumbre y que inmortaliza las cosas.

Por eso Guillermo Prieto era el poeta más á propósito para crear la poesía heroica en México, y por eso tambien él ha es-

cogido para su obra la forma que es más adecuada para hacerla popular.

Uno de esos poetas acompasados y simétricos, más cuidadosos de la gramática que del sentimiento, y más atentos á las reglas que á la naturalidad, rellenos de imágenes trilladas y de conceptos alambicados y oscuros, habria hecho una parodia de Ercilla ó una fria imitacion de la *Jerusalem*, encerrando en los frios anillos de la octava real y en la camisa de fuerza del consonante, una accion que se desborda, que se divide, que corre en mil torrentes de diverso cauce, que se dispersa por todos lados, como la lluvia en las montañas, como el incendio en los bosques, como la luz en el espacio.

La epopeya entera de los once años de lucha por la independencia, se niega, á causa de su mismo carácter, á ser encerrada en un solo poema de limitadas dimensiones. Muchos de sus episodios y muchos de sus héroes sí se prestan admirablemente al poema individual sujeto á las unidades clásicas. Pero abrazar el conjunto era imposible bajo el imperio de estas reglas.

Guillermo Prieto las dejó aparte, y deseoso de reunir en su obra todos los recuerdos heróicos de la insurreccion, como se enlazan en un hilo centenares de piedras preciosas, ó como se engarzan en una diadema puñados de diamantes, de rubíes y de zafiros, se ha limitado á conservar como unidad la narracion histórica, y como resorte constante el amor á la patria, dividiendo su vasta coleccion en pequeños romances, como en el *Romancero del Cid* y el *Romancero de romances moriscos*, verdadera y legítima expresion de la poesía épica española.

Nuestro poeta consideró que, á semejanza del pueblo español, nuestro pueblo que habla la misma lengua, gusta más de la versificacion llana y fácil del romance octosílabo, que de las intrincadas combinaciones de otros metros, y que más bien que torturarse la memoria recordando el consonante, prefiere saborear la armonía del asonante como hija de su idioma. Estas cualidades hacen del romance la forma poética popular por excelencia, y propia para grabarla en la memoria de todos.

De manera que Prieto ha realizado por la primera vez quizás

una cosa que siempre pareció árdua y difícil, esto es, ha creado la epopeya artificial con todos los caracteres de epopeya natural, colectiva y democrática.

Hasta aquí ésta habia sido como un panal formado por muchas abejas. Pues en el *Romancero Nacional*, el gran poeta mexicano ha sido la única abeja constructora y surtidora de miel. Es sin duda alguna el primer ejemplo que se presenta de una obra literaria de ese género. El poeta jalapeño D. José de Jesus Diaz habia hecho ya un ensayo, pero no habia abrazado el conjunto histórico de la Independencia. Hace algunos años que un grupo de jóvenes poetas de México inspirados, como Guillermo, intentaron hacer tambien un *Romancero Nacional*, y aun publicaron varios romances bastante bellos, que fueron muy bien acogidos.

Esa habria sido una obra colectiva, aunque no enteramente democrática, pero la dejaron trunca los autores; su ejemplo no fué seguido por otros, y lo que la inconstancia juvenil no logró realizar, lo ha conseguido por fin el entusiasmo inextinguible de este anciano en quien el hielo de la edad no ha podido apagar el fuego de la juventud que arde en su alma.

Por lo demas, sustituyéndose al pueblo en esta epopeya nacional, es el único que podia hacerlo en nuestra época. Él conoce bien los resortes de la emocion popular, él que siempre los ha manejado con éxito; nadie como él posee la palabra pintoresca y fácil que encanta la imaginacion de la muchedumbre; nadie como él habla su lenguaje ingenuo y sencillo y sabe embellecer las rudezas del estilo llano con las gracias de la alegría, de la ternura, del amor y del valor. El poeta que ha reproducido con tan fiel exactitud los cuadros de la *Musa Callejera*, el poeta que adopta el carácter proteiforme de nuestros tipos, pero que cuando es necesario eleva su inspiracion hasta las regiones del patriotismo y de la libertad, era el único que podia, identificándose con el pueblo, reemplazarlo en la construccion de esa obra espontánea y natural que se llama la epopeya patriótica.

No por eso ha dejado de ser fiel á las leyes del sentido gene-

ral en tan elevada materia. Él ha comprendido, como Voltaire, que "un poema épico debe fundarse en el juicio y embellecerse con la imaginación; que lo que pertenece al buen sentido, pertenece igualmente á todas las naciones del mundo. Todos os dirán que una acción única y simple que se desarrolla fácilmente y por grados y que no cuesta una fatigosa atención, les agrada más que una reunión confusa de aventuras monstruosas. Se desea generalmente que esa unidad tan sabia esté adornada con variedad de episodios, que sean como los miembros de un cuerpo robusto y proporcionado. A medida que la acción sea grande, agrada á todos los hombres, cuya debilidad consiste en que desean ser seducidos por todo lo que sobrepasa la vida ordinaria. Preciso es que esa acción sea interesante, porque todos los corazones desean ser conmovidos, y si un poema, por otra parte perfecto, no conmoviese, sería insípido en cualquiera tiempo y en cualquiera país. La acción debe ser entera, porque no hay hombre que pueda quedar satisfecho si no recibe más que una parte del todo que esperaba."

Prieto ha cumplido con estas leyes en el *Romancero*, y desde el primero de sus cantos, el lector ve desplegarse ante sus ojos todo el cuadro grandioso de nuestra insurrección, y desfilar uno por uno á los grandes caudillos, á los capitanes famosos, y aun á los guerreros ménos conocidos de aquella época heroica.

Allí van, pues, á aparecer fielmente retratados, como animados en la escena de la guerra, todos aquellos hombres cuya figura y cuyos hechos en vano buscaría el pueblo para caracterizarlos, en la embrollada narración de Bustamante, en las noticias lacónicas de Mora y de Zavala, y que tanto ha desnaturalizado el rencor sistemático de Alaman.

Van á surgir, como evocados por la voz mágica del poeta y rodeados del prestigio de la verdad histórica, en primer lugar el sublime anciano de Dolores con su pequeño grupo de amigos y de aldeanos, saludando, entre los albores de un día de Setiembre, el Génesis de la Patria; luego convocando á los pueblos para defenderla; marchando después al frente de las masas para atacar y tomar la fortaleza de Granaditas tras de sangriento y

furioso combate; dirigiéndose como impetuoso torrente por Valladolid á la capital del virreinato; preparándose á la batalla en torno del altar de granito de la montaña de las Cruces en que el viejo caudillo reviste de nuevo las ropas sagradas para elevar sus preces al Dios de los pueblos libres. Después la lucha encarnizada en medio de los bosques, cuyos ecos despiertan al retumbar del cañon, como asombrados después de un silencio de tres siglos; luego la victoria, el terror de la metrópoli y la retirada misteriosa y siniestra de aquel ejército triunfador, que pudo acabar en un día lo que fué después obra de once años de porfiada guerra; más allá, Aculco, Guadalajara, Calderon, los reveses, el eclipse momentáneo del sol de Dolores, la marcha en el desierto, la traición de Monclova y el dadaso de los primeros héroes en Chihuahua.

Luego vendrán Mercado con sus victorias y desastres como relámpagos, y D. Ignacio Rayon con su soberbia retirada desde el Saltillo hasta los confines de Michoacan.

Y luego aparecerá, surgiendo del océano de las montañas del Sur, el titán de la insurrección, la gran figura de la epopeya, el genio sin rival de México, el ínclito Morelos llevando á su lado á Hermenegildo Galeana, el Aquiles y el Roldan de aquel ejército; á Pablo Galeana, tan gallardo y tan intrépido como Reinaldo; á Julian de Ávila, el defensor del Veladero; á Leonardo, Miguel, Víctor y Nicolás Bravo, cuatro leones; á Matamoros el vencedor del batallón de Asturias en San Agustín del Palmar; á Victoria, el primer presidente de la futura República; á Terán el sabio y el bizarro que afirmará un día la Independencia venciendo á Barradas en Tampico; á Guerrero que conservará el fuego sagrado en los días de infortunio; á Álvarez que conducirá al pueblo, al cabo de cuarenta años, hasta el camino de la democracia pura que habían emprendido los caudillos de 1810 y que se había extraviado en 1821. Todos esos hombres, jóvenes aún, todos hijos del pueblo y escogidos entre las masas por la mirada adivinadora de aquel taumaturgo de la revolución.

Y ya oirémos en los cantos del poeta las hazañas de aquel nido de águilas que se llamaba *El Paso á la Eternidad*, los acen-

tos de triunfo de Tonaltepec y de Chichihualco, la derrota de los *chaquetas* de Tixtla con su gigante Martín Salmeron, la derrota de los *colorados* de Fuentes, la toma de Chilapa y la fuga del presuntuoso Recacho, la batalla de Izúcar, el encuentro famoso de los dos campeones de aquella lucha, de Calleja, el general español vencedor de los insurgentes del centro, y de Morelos el caudillo insurgente vencedor de los españoles del Sur; las luchas homéricas del sitio de Cuautla, esa Troya no tomada; la humillación de Calleja, los asaltos de Tehuacan y de Orizaba, el gloriosísimo y sangriento de Oaxaca, las fiestas del Congreso de Chilpancingo, el sitio y toma de Acapulco, las increíbles proezas de los Galeanas en la Caleta, el abordaje de los buques españoles, la rendición del castillo español de San Diego á Morelos, la acción famosa de San Agustín del Palmar y la derrota de Dambrini por Matamoros; luego los reveses de Valladolid y de Puruarán, el suplicio de Matamoros, la muerte desgraciada de Galeana en Coyuca, la Junta de Apatzingan, la larga travesía por la tierracaliente, la traición de Carranco en Tetsmalacan, la cautividad de Morelos y la muerte grandiosamente heroica de este caudillo asombroso en Ecatepec, que al sucumbir dejó agonizante el poder colonial en México.

Luego veremos atravesar el Golfo en débiles barcos, combatido por las tempestades y los reveses, pero sostenido por una resolución sublime, á un jóven y apuesto guerrero español, ilustre ya por sus hazañas en Europa, á Javier Mina, que enamorado de la Libertad y más intrépido que Cortés, y más noble, porque no obraba impulsado por la sed del oro, viene á tomar parte en la lucha por la Independencia. Que desembarca en las costas de Tampico al frente de un puñado de amigos valientes y atrevidos, como los antiguos almogávares, que deja allí á unos cuantos guardando su espalda, y penetra sin auxilio de nadie, sin guías, sin bastimentos, en tierra desconocida y hostil, que atraviesa bosques insalubres y solitarios y encuentra al salir de ellos al enemigo realista preparado, aguerrido, superior ocho veces en fuerzas, y que á pesar de eso, lo acomete, lo hace pedazos en Peotillos y continúa su marcha victoriosa hasta el cen-

tro del país. Pero que encuentra á la revolución en su hora de infortunio, á los principales jefes ó muertos ó dispersos; que lucha, que reanima á los desalentados, que hace prodigios de valor, pero que, asediado por todas partes, agobiado por el número y perseguido por la fatalidad, es hecho prisionero y compra con su sangre el derecho de ser llamado padre de la nueva Patria y mártir de la Libertad.

Por último, aparecerán, como dibujando sus imponentes siluetas en el horizonte luminoso del pasado, el *campo del Gallo*, el *Cerro de Cópore*, el *fuerte del Sombrero*, el *cerro Colorado*, el *fuerte de los Remedios*, el *fuerte de Soto la Marina* y el *Campo de Xaliaca*, y elevándose entre sus rocas erizadas de parapetos, las atrevidas figuras de Ramon Rayon, de Young y Pedro Moreno, de Novoa y de Aragón, el mayor Sardá, y de Nicolás Catalan y de su noble mujer, heroica como las espartanas. Surgirá del olvido como de las ondas del mar de Chapala, aquella fortaleza insurgente defendida tres años por Castellanos y sus valientes indios. De los picos basálticos de las montañas mixtecas, hoy cubiertos por las nubes del olvido, se levantará Juan del Carmen, con sus indómitos montañeses, y de las alturas de la Sierra-Madre descenderán, como águilas, Guerrero y Pedro Asensio, éste para derrotar á Iturbide, y aquel para llamarlo á las filas de la insurrección y consumir la Independencia en 1821.

Todo esto y más encierra el *Romancero* de nuestro gran poeta. Es la *épopéya* nacional con todos sus caracteres, con su sabor democrático, su aspecto personal y pintoresco y su verdad histórica, que no tiene necesidad de revestir el brillante atavío de la leyenda para ser admirable.

Si, como lo esperamos, este libro llega á ser popular, él influirá poderosamente en la educación moral y patriótica de las generaciones futuras, que no contaban hasta aquí más que con la poesía religiosa y erótica ó la elegiaca y satírica, que juntamente con la falta de instrucción, han producido en el espíritu de nuestro pueblo una especie de resignación mística, cuando no una melancólica languidez ó el amargo descontento del pesimismo.

Prieto, creando la poesía heroica, revivirá en el alma del pue-

blo la fe en sus destinos, contribuirá á formar la verdadera nacionalidad por la fusion de los recuerdos gloriosos; y á dar á las masas el conocimiento de su verdadero valor en los futuros conflictos de la patria.

Así comprenderá el pueblo el sacrificio de los héroes de la Independencia y aceptará los que le impone el deber de conservar una herencia tan costosa. Sabrá que si los hombres de 1847 luchando con una nacion de 12 millones y con un ejército invasor de doce mil, se dejaron arrebatar la mitad del territorio, fué porque eran indignos de suceder á aquellos de la insurreccion, que lucharon sin tregua contra el poder colosal y arraigado de España y contra ejércitos diez veces más numerosos y aguerridos, hasta expulsarlos del suelo mexicano y conquistar una patria libre. El ejemplo de Morelos defendiendo una plaza escasa de elementos, con mil y pico de hombres contra nueve mil provistos de artillería, de dinero, y teniendo á su retaguardia á la capital del vireinato, debió enseñar lo que pudo hacerse en México con diez mil hombres en 1847 contra el ejército de Scott, inferior en número, y que no tenia á su espalda más que el aislamiento y el odio.

De otra manera, si esas lecciones heróicas del pasado no sirven para nada, tendríamos que considerar á los hombres de 1810 como una bandada de genios sobrenaturales que hubiese atravesado el cielo de nuestra historia sin dejar ni huella ni descendencia.

Pero no: la poesía alumbra hoy el abismo del olvido, y saca de él los tesoros tanto tiempo guardados; con ellos se enriquecerán los elementos de la educacion popular.

De todos modos, Guillermo Prieto ha cerrado con su libro el ciclo de la poesía puramente lírica en México; y sea que el camino que ha abierto sea frecuentado ó no, él habrá adquirido un nuevo título á la inmortalidad, ya que fué en su juventud y en su edad madura el cancionero del pueblo, el poeta pindárico de la Libertad; y siendo hoy en su vejez, á semejanza de Homero, el cantor de los héroes de su Patria.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.

PRIMER ROMANCE DE ITURRIGARAY.

¡Qué alegres están tus Pascuas,
San Agustin de las Cuevas,
El de los verdes sembrados
Y las ricas sementeras,
El de quintas deliciosas,
El de deliciosas huertas;
El de fértiles cañadas,
El de colinas risueñas,
El de arroyos cristalinos,
Que van cantando en la yerba.

Para gozar tus encantos
Tenochtitlan se despuebla:
Van los indios en bandadas,
La inquieta plebe en carretas,
En sus *cuacos* los catrines,
De *jarano* y *calzonera*;